

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

PREPARAR EL FUTURO DE LA JUVENTUD II

Salida de sol del 27 de noviembre de 1966

Al negar la existencia del mundo divino, la ciencia ha apartado a los humanos de las regiones superiores del alma y del espíritu. Al no tener más contactos con estas regiones, se vuelven cada vez más prosaicos, vulgares y presuntuosos, hasta llegar a decir: “¿Crear en Dios? Pero ¿por qué? No tenemos necesidad de Él, los dioses somos nosotros, nosotros gobernamos a la naturaleza, ésta debe obedecernos”. Y esta filosofía los lleva a la catástrofe.

Desgraciadamente, la catástrofe no se ve inmediatamente, y eso es lo que engaña a los humanos: siguen comiendo, bebiendo, ganando dinero, teniendo éxitos, y no ven los peligros que les acechan en otro plano. Si hubiesen sido fulminados inmediatamente, habrían sentado más rápidamente la cabeza. Supongamos que en el momento mismo en que el hombre dice una mentira, o comete un robo, recibiese un castigo: todos se darían cuenta de que hay leyes eficaces y activas y de que la moral no es un invento fabricado de pies a cabeza con vistas a sojuzgar a los humanos. Lo malo de esta lentitud es que los hombres cometen faltas y faltas, crímenes y crímenes, acumulando así sobre ellos tantas oscuridades y suciedades que están como enterrados, y ya no pueden ver nada, hasta el día en que llega el juicio y tienen que pagar.

Pero no quiero criticar a la Inteligencia cósmica. Sin duda esta lentitud es la expresión del amor de Dios, que se dice: “Venga, hay que darles tiempo. No les castigemos inmediatamente: van a hacer experiencias, van a quemarse, van a sufrir un poco, y, al final, viendo sus errores, se corregirán.” Es su amor el que hace que Dios sea paciente. Si los humanos fuesen golpeados inmediatamente, comprenderían antes. Pero, cometen una falta, y no pasa nada, todo parece continuar sonriéndoles... sólo aparentemente. No lo ven, pero ya hay elementos que cavan, que zapan, que minan, y que, al final, provocan el derrumbe total.

La filosofía actual ha cortado el lazo que une al hombre con el mundo divino, privándole así de sus verdaderas razones de vivir. Por eso, la primera tarea del educador debe ser la de despertar en la juventud este sentido del mundo divino, con toda la jerarquía de las creaturas celestiales que se elevan hasta el Trono de Dios. Sí, lo esencial es dejar en el alma y el espíritu de esta joven generación la idea de que existe un mundo al que debemos recurrir, no sólo en las dificultades y en las pruebas, sino en todos los actos de la vida cotidiana, para extraer de él la fuerza, la inspiración, el valor. Suceda después lo que suceda, habrá una gran diferencia entre la juventud educada con estas nociones y la juventud educada sin ellas. ¿Por qué se ven tantos suicidios actualmente entre los jóvenes? Pues bien, justamente porque han perdido aquello que podía dar un sentido a su vida.

Eso no quiere decir que todos los jóvenes educados de acuerdo con las verdades de la Ciencia iniciática vayan a conocer y a alcanzar inmediatamente el mundo divino, no, pero siempre encontrarán recursos espirituales en esta conexión con el Cielo, y llevarán consigo un mundo tan rico y poderoso que siempre podrán extraer fuerzas de él. Y en condiciones en las que todos los demás se desaniman, caen, y se vuelven malhechores, ellos, al contrario, progresarán, mejorarán y se convertirán en modelos. Si nos esforzamos en introducir esta noción del mundo divino en el corazón, en el alma, en el intelecto de cada chica o chico, la vida, los acontecimientos van a desarrollarse para ellos de forma completamente diferente. O, más bien, se encontrarán con las mismas dificultades, con los mismos obstáculos, pero no serán aplastados, porque dispondrán de medios, de fuerzas, de poderes desconocidos por aquéllos que han cortado la conexión con el Cielo.

Puedo darles una imagen: acaban de desenchufar la toma de corriente, ¿cómo podrán encender una lámpara, un radiador o un ventilador? Y, si no tienen gasolina en el depósito de su coche, ¿cómo van a arrancarlo? Pues bien, éste es el estado en el que se encuentran los humanos: han desenchufado todo, han cortado todo, lo han vaciado todo, y, evidentemente, se encuentran ante el vacío, la vida ya no tiene para ellos ningún sentido. Y, así, es verdad que la vida es insensata: ¡en la cabeza de algunos sólo puede ser insensata! Y también es verdad que es maravillosamente sensata... en la cabeza de otros. La vida es lo que somos nosotros mismos. Si dicen: “Es bella”, es porque ustedes son bellos. Y si piensan que es asquerosa y fea, es porque (excúsenme) ustedes son asquerosos y feos también.

La vida es el reflejo de nosotros mismos, porque sólo vemos en ella lo que llevamos en nosotros. Por eso siempre encontraremos una vida diferente de otra vida. En realidad, la vida es siempre la misma... la misma desconocida: porque todavía no se sabe lo que es la verdadera vida. La vida de la que se habla todavía no es la vida, sino apenas algunas migajas de ella. Todos dicen: “Sí, hombre, ¿qué quieres?, ¿es la vida!” Un hombre está enfermo, es desgraciado, está arruinado, le engaña su mujer, y dice: “¿es la vida!” De todo lo negativo, se dice: “Es la vida”, ¿pero de qué vida hablan? ¡Ay! ¡ay! Está la vida del sapo, la del jabalí, la del cocodrilo, o bien, la de la paloma, la del ángel, la vida de un gran Iniciado. Cuando se dice “la vida” cada uno habla a su nivel, pensando que el mundo entero posee el mismo grado y la misma calidad de vida que él; habla solamente de su propia vida. Pero la vida en toda su amplitud, en toda su grandeza, en toda su inmensidad, no la conocen.

¿Qué hombre puede definir la vida? Tiene millones de grados. Es como el calor, todavía no se sabe cuántos grados puede alcanzar. Se conoce el límite del frío (- 273°C), pero no se conoce el límite para el calor. Pues bien, la vida es como el calor. La muerte tiene un límite, pero la vida no tiene ninguno. ¿Podemos saber, acaso, por ejemplo, qué aspectos ha tomado la vida en los demás planetas, en los demás soles? Conocemos un poco sus manifestaciones aquí en la Tierra, pero ¿cómo creer que la Inteligencia cósmica no haya sabido manifestar la vida en cualquier condición? Los humanos razonan utilizando sus medidas terrestres, y, a menudo, sus conclusiones ¡son tan estrechas! Hay seres vivos en los otros planetas, y mucho más inteligentes que los de la Tierra; todo el sistema solar está poblado, todo el cosmos.

Los humanos, que tienen una inteligencia fantástica, ¿comprenden?, quieren que no haya nadie que les sobrepase. Pero, en la inmensidad del universo, ¿qué es la Tierra? Una pequeña mota de polvo perdida en el espacio, que apenas se puede divisar. Entonces, ¿cómo es posible que la Inteligencia cósmica sólo haya creado vida en esta pequeña mota de polvo, y nada sobre los millones de otros soles y planetas? Es inverosímil. No se necesita ser clarividente o utilizar aparatos perfeccionados para saber que todo el universo está poblado: basta con el simple sentido común. Sin necesidad de desplazarse, sólo con el razonamiento, los humanos podrían descubrir muchas verdades. Pero no, según ellos la vida existe solamente en la Tierra... La Tierra, con estos pequeños pigmeos que siempre están discutiendo, y subiéndose incluso a la cabeza del Buen Dios para hacerle pipí encima, ¡porque se imaginan que no le necesitan!

Vuelvo, pues, a lo que decía hace un rato. La primera tarea del educador es dejar en la cabeza de los niños esta idea del mundo superior, con sus leyes, con su estructura, con su organización. Y, junto a eso, que los jóvenes hagan estudios, que amen, que se distraigan, pero la idea de este mundo divino debe habitar en ellos para que pueda organizarlo todo y dar un sentido a cada uno de sus actos.

A mí me gusta la juventud, porque es fresca, está llena de vida, de fuerzas, de impulsos y de aspiraciones magníficas. Pero, si pudiese tener un poco más de estima y de respeto por los adultos sería mucho mejor para ella. Sí, los jóvenes deberían decirse: “Nuestros padres han vivido, han encontrado obstáculos, y han dado, a pesar de todo, pruebas de algunas cualidades. Nosotros todavía no sabemos las dificultades que nos esperan. Quizá tenemos demasiada confianza en nuestra inteligencia y en nuestras capacidades, pero, como no han salido todavía todos los gérmenes que llevamos dentro de nosotros, vamos a pronunciarnos más tarde. De momento, es mejor no criticar a los adultos ni burlarnos de ellos, han hecho lo que han podido. Sólo que nosotros debemos ir más lejos que ellos, si podemos, pero con su colaboración, con sus consejos.” Pero no, para los jóvenes, los adultos son unas carrozas que no hay que tener en cuenta; y ésta no es una buena actitud. ¿Se imaginan, acaso, que ellos son mejores, más fuertes, más inteligentes? Pues bien, van a ver dentro de algunos años, cuando ciertas fuerzas, ciertas tendencias se despierten en ellos: superarán a sus padres, seguro, pero les superarán en el dominio de las tonterías. Eso ya se ha visto otras veces.

Ahí es donde puedo hacerle reproches a la juventud. “¿Por qué tienen tanta confianza en ustedes mismos y tanto desprecio a los adultos? Eso prueba que no son inteligentes. Tendrán fracasos, se encontrarán con problemas en sus vidas. - Pero ¿cómo lo sabe usted? – Simplemente, viendo su comportamiento actual”. Muchos vienen a decirme: “¡Ah! ¿cómo pudo usted ver de antemano todo lo que me ha sucedido?” – Pues bien, ¡saltaba a la vista! Si creen que la vida es tan simple, tan fácil, que tendrán todos los honores, todos los triunfos, se hacen ilusiones, todavía no saben lo que es la vida. Les tenderá trampas, ¡y cuidado en no caer en ellas! Cuántos se han roto ya la crisma, y eran, sin embargo, más inteligentes y fuertes que ustedes. Tienen fuerza, salud, belleza, frescor, por descontado, y, gracias a ellos, pueden obtener grandes éxitos, pero deben ser un poco más sensatos y razonables, deben aceptar incluso pedir a veces la opinión de los adultos: “¿Qué piensa usted de este problema? ¿Cómo se puede realizar tal proyecto?”, y, a veces, se darán cuenta de que las cosas no son tan fáciles

como imaginaban.

Me gusta la juventud, porque tiene fuego, ímpetu, esperanza, y toda la vida por delante, y deseo trabajar con ella. Los jóvenes se quejan, a menudo, que todo lo que se les propone no llega a colmar sus aspiraciones. Pues bien, yo les daré de qué colmarlas, porque sé lo que necesitan. Necesitan poder ser creadores. Sólo que no saben cómo enfocar las cosas, qué crear, cómo crear, y si no se les dan modelos, formas, reglas divinas, sólo pueden crear fealdades, monstruos. Todos quieren crear algo, esto es lo magnífico, y aquí les mostraremos dónde está la verdadera belleza, la poesía, la música, la pintura, y en qué direcciones deben orientarse todas estas formas de arte. Yo puedo instruirles, enseñándoles, sobre todo, que, cualquiera que sea el modo de expresión que escojan, deben apuntar siempre a la cima, al punto más elevado: el alto ideal.

Esta idea de creación es la quintaesencia de nuestra Enseñanza. Sí, crear, ¿pero crear qué? ¿Cuadros, estatuas? ¿Trabajar con telas, con madera, con mármol? ¡No! Trabajar sobre uno mismo. Ésta es la verdadera materia prima: uno mismo. Y esto es algo que todavía no se conoce. Un escultor ha hecho algunas estatuas; muy bien, pero, cuando le miran a él, ven que nunca ha tratado de esculpirse a sí mismo: es basto, rudo, ¡es rudo! Los hombres les mostrarán siempre sus creaciones, sus pequeños cuadros, sus cancioncillas, sus poemas sin pies ni cabeza.

¡Ya estamos hartos de todos estos artistas! ¿Dónde están los artistas verdaderos prestos a empezar el verdadero trabajo, a modelarse a sí mismos interiormente? Éste es un trabajo inédito, desconocido, pero es el trabajo del futuro. Sí, hay riquezas formidables que están ahí, amontonadas para toda la juventud, y que esperan a todos aquéllos que deseen poseerlas. Yo estoy a su disposición para revelarles caminos, medios, verdades que nunca encontrarán en los libros.

Ayer, dos jóvenes hermanos vinieron a verme, y, entre otras cosas, les conté lo siguiente. Cuando todavía era estudiante, en Sofía, en Bulgaria, un día que estaba en mi habitación leyendo, oí en la calle el sonido de un violín. Era algo tan extraordinario que salí para ver quién tocaba así. ¿Y qué es lo que vi? Un gitano, un hombre viejo, vestido con harapos, que tocaba el violín... ¡pero qué violín más raro! Una caja de madera, extravagante, deforme, con algunas cuerdas tendidas encima. Y de todo esto sacaba unos sonidos... unos sonidos tales como nunca había oído en los mejores conciertos. Yo estaba estupefacto. Todos salían de sus casas o se ponían en

el balcón para escuchar. Al final de la pieza, me acerqué a él y le dije: “¿De dónde viene este violín? – Fui yo quien lo hice. – ¿Me permite mirarlo? – Sí.” Lo miré: era verdaderamente un simple trozo de madera ahuecado, torcido, con algunas cuerdas. “¿Lo vende usted? – ¡Ah no, nunca lo vendería!”

Este episodio me dio que pensar durante mucho tiempo y me hizo reflexionar: no llegaba a comprender cómo este gitano podía sacar unos sonidos tan puros de un violín tan burdo. ¡Qué asombrado se habría quedado Stradivarius! Yo me decía: “Entonces, no es necesariamente la perfección de los instrumentos lo que cuenta, es otra cosa... todo depende del que toca.” Reflexioné durante mucho tiempo y entonces encontré que yo también, con un violín tan rudimentario como el mío –es decir, conmigo mismo – podía sacar algunos sonidos. Lo que cuenta es tener la voluntad de triunfar.

La gente se queja siempre de las malas condiciones. Y esto es una excusa para no hacer nada. Si supieran en qué condiciones difíciles viví cuando era joven, ¡no se podrían hacer una idea! Pero yo no contaba con las condiciones exteriores para triunfar, y este gitano reforzó mis convicciones. Me dije: “Tengo que sacar cosas buenas de mis dificultades”. ¿Y cuál fue entonces mi voluntad? Ser útil. Este deseo no me abandona, el deseo de ser útil a los humanos, de poder ayudarles, aportarles un consuelo, reconfortarles. Día y noche este deseo está ahí, y gracias a él toco mi violín. Él es el que me inspira.

¡Recen, pues, para que este deseo no me abandone! No recen por el violín, déjenle como es, extravagante, torcido, deforme, pero no importa. Recen solamente para que mi deseo de ayudarles perdure, e incluso para que crezca cada vez más. Porque nunca estoy contento. Hoy tampoco estoy contento, me digo: “No, todavía no has logrado iluminarles, hacerles ver las cosas claras, que se vuelvan a sus casas entusiasmados, contentos, colmados”. Este deseo no me deja nunca tranquilo. Así que, recen, para que me vuelva tan poderoso que pueda, cuando toque para ustedes con mi violín, llevarlos hasta el mundo divino, en donde encontrarán por fin lo que buscan. Esto es lo que les decía a los dos jóvenes hermanos ayer: ¡les hablaba de un violín!

Y ahora, mis queridos hermanos y hermanas, que Dios esté con ustedes y que la paz y el gozo no les abandonen jamás.

* * *



www.laenseanza.org